

ECOS DE LA PALABRA

Pentecostés, una fuerza desencadenante

Reflexiones sobre el evangelio de Juan 20, 19-23 (Fiesta de Pentecostés - Ciclo B)



La ciudad amaneció llena de gozo y algarabía. Ese día sus calles se llenarían de gentes provenientes de todos los pueblos y aldeas cercanas para celebrar la fiesta agrícola de la recolección, un día señalado para agradecer a Dios por la cosecha del año. Sin embargo, no en todos los rincones de la ciudad el ambiente era de gozo. No lejos de las plazas principales un pequeño grupo, el de los seguidores de Jesús, se mantenía al margen de la celebración encerrado por

miedo a los judíos que los tenían en la mira para acusarlos de blasfemia y de levantar al pueblo contra la autoridad romana como lo hicieran con su Maestro.

El temor, ciertamente real, se ve agravado por la tristeza y el sentimiento de orfandad. El grupo que ahora está encerrado en el cenáculo había vivido tres años de plenitud misionera siendo testigos de innumerables curaciones y de la acogida del mensaje de liberación de su Maestro. Había vivido también el dolor del proceso que llevó a la cruz a Jesús, a la dispersión del grupo y al desmoronamiento de la esperanza de la restauración de Israel. Y, en los últimos días, dos sentimientos contrarios: por una parte, de gozo y esperanza porque el Padre había resucitado a Jesús venciendo de una vez para siempre a la muerte y, por otra, después de la Ascensión, de nuevo soledad, tristeza y orfandad por esta nueva separación.

En ese clima de pesimismo y temor sucede algo que transformará hondamente a los discípulos y se convertirá en el acontecimiento que dará origen a la comunidad de los seguidores de Jesús: el don del Espíritu Santo que hace presente al Padre y al Hijo para alentar, animar, fortalecer y enviar a quienes lo reciben.

Efectos del don del Espíritu en la comunidad.

Llenos del Espíritu para salir. El grupo que veíamos encerrado por miedo a los judíos derriba las puertas de su encarcelamiento voluntario y, rompiendo los barrotes del temor, sale a anunciar a todas las naciones la buena noticia de Jesús, la irrupción del tiempo de la verdad, la justicia, la paz y el amor. La Iglesia hoy, como la comunidad de ayer, está llena del Espíritu que la impulsa a salir de sí misma para anunciar -a tiempo y a destiempo y en todos los lugares de la geografía humana- el proyecto de humanidad y de sociedad que Dios soñó desde la primera hora de la creación.

No es el tiempo de mirarnos a nosotros mismos, de anhelar aquellos tiempos en los que éramos más relevantes en el panorama social o de sentirnos víctimas de las ideologías que nos quieren arrinconar o de vivir lamentándonos por la crisis de los “valores tradicionales”... El tiempo del Espíritu es el tiempo de salir, de ir a todos los rincones donde la vida humana y la sociedad necesitan de nuevos horizontes de sentido que sean capaces de curar las heridas que ha causado el olvido de la primacía del ser humano y de relanzar el futuro a partir de los valores del Evangelio que, sin pretender imponerlos, sentimos el deber de proponerlos. ¡Salir es arriesgado! No faltarán las críticas, las incomprensiones y las descalificaciones, pero, como dice el papa Francisco, es preferible una Iglesia herida a una Iglesia encerrada.

Llenos del Espíritu para conformar una comunidad universal y acogedora. Nuestras ciudades, al igual que Jerusalén el día de la Fiesta de Pentecostés, son espacios de pluralidad y diversidad. En ellas confluyen distintas lenguas, culturas, ideas políticas y religiones que las hacen cada vez más mestizas. Todas esas realidades, desde el respeto por supuesto, son objeto de la acción evangelizadora de la Iglesia pues entendemos que no hay ningún lugar vetado para anunciar la acción transformadora del Espíritu. El Espíritu no nos envía a un grupo cerrado de personas, nos envía a anunciar el Evangelio y a proponer el camino de los discípulos a todos: a los sabios y a los ignorantes, a los pobres y a los ricos, a los que no piensan como nosotros, a los llamados “progres” y a los “conservadores”, a los hombres y mujeres independientemente de su orientación sexual, a los inmigrantes y a los autóctonos y así un largo etcétera porque estamos convencidos que la acción del Espíritu no tiene fronteras.

Llenos del Espíritu para hablar una sola lengua, la del amor. En el episodio de la torre de Babel la arrogancia y la prepotencia del pueblo movió a Dios a confundir sus lenguas para que no pudiesen lograr el cometido de construir una torre que “llegara hasta el cielo”. En Pentecostés se da todo lo contrario: Dios, a través de su Espíritu, rompe las barreas de los idiomas generando una lengua que todos, sin excepción, entendemos: el lenguaje del amor, de la paz y del perdón. Qué bueno sería que, en el actual esfuerzo por generar condiciones de paz y reconciliación en el planeta, todos dedicásemos unas cuantas horas al día a aprender y, sobre todo, a practicar el lenguaje del amor.

Ven, Espíritu Santo, ayúdanos a salir, a vivir la universalidad de la comunión y a hablar el lenguaje del amor.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona